

FUNDADO EN 1903 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

LA CIA Y CARRERO

POR JOSÉ MARÍA
CARRASCAL

«Quien se resistía a la renovación sin más de los Convenios con los Estados Unidos era Castiella, no Carrero. De ahí que ver a los norteamericanos tras el asesinato de este no encaje con la realidad»

DEBO comenzar diciendo que no he leído el nuevo libro de Pilar Urbano *El precio del trono*. He leído y releído, sin embargo, la entrevista que sobre el mismo le hizo Ana Tagarro para el XL Semanal de ABC. Conclusión: no voy a leer el libro. Lo que dice del Rey y la Reina ya lo conocíamos al haberlo contado, entre otros muchos, la propia Pilar Urbano. A lo que añadiría algo clave, que ella omite: Don Juan Carlos es, humanamente, más que ninguna otra cosa, un militar. Sus años de formación los pasó en las Academias Militares y donde se siente más a gusto es en la cabina de un avión, montado en un tanque o al timón de un barco. Incluso su vocabulario —¿recuerdan el bocinazo a Chávez?— es de cuarto de banderas. Libros, aulas y actos culturales le aburren. Como digo, un militar, y de los de antes, pues hoy los militares españoles se han puesto a la altura de los tiempos, que les exigen mucha técnica y muchas letras. Ello no impide, sin embargo, que Don Juan Carlos haya desarrollado un notable instinto político. Pero no para la política de los políticos, sino para la política de Estado. Una política que pone los intereses de la nación por encima de todo lo demás, incluidos los sentimientos personales, por no hablar ya de la ideología, algo de lo que el Rey pasa olímpicamente. Fue lo que le permitió nadar entre Franco y su padre y, luego, pilotar una transición difícilísima, para convertirse en referencia de casi todos los españoles. Respecto a doña Sofía, también olvida lo más importante: su doble condición de madre y de Reina, de la que nunca abdicará. La lleva, no como un deber, sino en su naturaleza. Junto con el Rey, forma una formidable pareja de «profesionales», a la que ni siquiera las anécdotas o habladurías hacen mella, al saberlo y sentirlo un pueblo español que creció bajo el lema de «la monarquía gloriosamente fenecida», pero que hoy se siente representado por ella al conocer su papel determinante durante los cambios de todo tipo experimentados por el país y el mundo durante las últimas décadas.

Pero sí de esto el último libro de Pilar Urbano no nos descubre nada nuevo, cuando intenta adentrarse —puede que para compensarlo— en terrenos poco hollados, como es el trasfondo de la política internacional y los turbios manejos que hay en ella, sencillamente desbarra. El poner a la CIA tras el asesinato de Carrero, con Kissinger directamente implicado en el atentado, puede aceptarse como reportaje de un joven periodista que intenta abrirse paso en nuestra dura tarea, pero no en el libro de una profesional prestigiosa.

Y menos aún con las pruebas que presenta y los argumentos que usa, que no resisten el menor análisis crítico, empezando por decir que Carrero «se oponía a renovar las bases norteamericanas en España». En la gran foto que XL Semanal presenta de la periodista en su despacho, creo reconocer en la estantería del fondo las Memorias de López Rodó, muy próximo a Carrero. Le hubiera bastado leerlas con atención para darse cuenta de que quien, sin oponerse abiertamente, exigía un precio mayor por las bases era Castiella, ministro de Asuntos Exteriores, que estaba dispuesto a romper los Convenios si no nos lo pagaban y llegó a pedir la «desnuclearización del Mediterráneo», es decir, que soviéticos y norteamericanos dejaran de pasear por él sus megatonnes, lo que era muy fuerte habiéndolos cedido la base de Rota a la entrada del mismo.

ELLO, junto con la política de descolonización, con Gibraltar como eje, le había llevado a frecuentes choques con Carrero, quien, el 7 de mayo de 1969, envió a Franco un memorándum en el que le decía textualmente: «Yo creo que el ministro de Asuntos Exteriores desea que los Convenios (con los Estados Unidos) no se renueven», y pasaba a enumerar las consecuencias que ello traería: los Ejércitos españoles se quedarían en condiciones de inferioridad ante los peligros que pudieran surgir en el Sahara o en las plazas norteafricanas. Para terminar: «¿Es que vamos también a romper con Estados Unidos, que es el único verdadero aliado que nos une a Occidente?». Puede que convenga añadir que el recién llegado embajador norteamericano en Madrid, Robert C. Hill, despachaba con Carrero, en vez de hacerlo, como hubiera debido, con Castiella, contra el que conspiraba abiertamente.

Marcelino Oreja, por aquel entonces director del Gabinete de Castiella, nos da cuenta en sus Memorias, no ha mucho publicadas, de los encontronazos entre Carrero y Castiella, de los que fue no sólo testigo, sino también mensajero en alguna ocasión, especialmente durante las negociaciones sobre la renovación de los Convenios, aunque el pulso venía de antes y se prolongaría después. Uno de los platos fuertes del libro *La bata-*

lla diplomática de Gibraltar. Cómo se ganó. Cómo se perdió, que estoy terminando a la espera de la postura del Gobierno Rajoy en el contencioso y en visperas del tercer centenario del Tratado de Utrecht, es este pulso entre el subsecretario de la Presidencia y el ministro de Exteriores, ante un Franco sin acabar de decidirse, según su costumbre, por uno u otro, aunque siempre atento a que la cosa no se le fuera de las manos.

NO había duda de que le agradaban los triunfos que Castiella estaba cosechando en el exterior, pero en su interior estaba más cerca de la línea conservadora de Carrero, que fue la que finalmente adoptó. Se lo había advertido a Oreja, cuando le vino con un mensaje de su ministro: «Sé muy bien, como militar, que no se debe luchar al mismo tiempo en dos frentes, y eso es lo que está haciendo (Castiella) con nuestro enfrentamiento con Gran Bretaña en Gibraltar y con los Estados Unidos con los Convenios».

Volviendo al tema que estábamos tratando, el asesinato de Carrero, ¿por qué iban a deshacerse los norteamericanos del defensor de los pactos con ellos en el Gobierno español, donde Castiella no estaba solo, sino que contaba con el respaldo de otros ministros importantes, como Fraga, Solís y Nieto Antúñez? Es verdad que Carrero nunca fue un simpatizante de la democracia parlamentaria ni un admirador de los Estados Unidos. Pero su carácter conservador le enfrentaba rotundamente a las veleidades neutralistas que circulaban por el régimen, no compartidas por su fundador, como demostró de palabra y hecho. Que el atentado ocurriera frente a la embajada norteamericana se debió a que la víctima tenía la costumbre de oír misa diaria a la misma hora en la iglesia que hay al otro lado de la acera. Y tomar la visita de Kissinger a Madrid por aquellas fechas como prueba de su participación en el atentado es, sencillamente, infantil. Si Kissinger hubiera tenido algo que ver con él, lo que habría hecho sería estar en la otra esquina del globo ese día. Puede que no sea tan inteligente como dicen, pero seguro que no es tan tonto como para aparecer en el lugar del delito al cometerse. No se le vio por Chile en el golpe contra Allende, y su estancia en Madrid demuestra precisamente que no tuvo nada que ver con el atentado contra Carrero. Respecto a que aquella España «tenía avanzado un programa nuclear que podía permitirle tener la bomba atómica en dos años», con «el Sahara como campo de entrenamiento (sic)», como se dice en la entrevista, prefiero no comentarlo para no ofender la inteligencia de los lectores. Solo apuntar que el enriquecimiento del uranio hasta convertirlo en explosivo nuclear es un proceso largo y complejo, como están comprobando hoy los iraníes.

Para resumir: sin duda quedan bastantes cosas por aclarar en la historia de España del último medio siglo. Pero la historia no es una película de buenos y malos. Es una compleja maraña de intereses, ambiciones, éxitos, derrotas, aciertos, errores, nacionales y personales, muy difícil de desenredar. Sobre todo en los periódicos. Este artículo es una muestra de ello.

JOSÉ MARÍA CARRASCAL, PERIODISTA

Gran Taberna - Bar

O'CALDIÑO

Cocina tradicional Gallega abierta permanentemente, desde 1973 estamos ofreciendo a nuestros clientes los mejores productos de Galicia recibidos diariamente. Una amplia barra donde se puede disfrutar de excelentes raciones acompañadas de buenos vinos y dos amplios salones. Pruebe las deliciosas *Empanadas Caseras* y nuestro *Pulpo con Cachelo*.

Consultar Menús de Navidad en n/ pag web

C/ Lagasca, 74 - Metro Serrano Telf: 91 575 14 48

www.ocaldino.es Telf: 91 575 70 14